

Menard y los vocingleros del café Frontín..... ¡Corrientel ¡ni una palabra más!..... pero tienes fiebre, tus manos abrasan, tus sienes van á estallar.....

Y mirándole con su eterna sonrisa, le pasaba sus dedos por la frente.

—¡Mi pobre Miguel!—añadía.—Tú no estás hecho para ser hombre de Estado, eso es, diga lo que quiera el Duque, sino que has nacido para escribir novelas y poesías..... Entonces podrías poetizar á tu gusto, y aun burlarte de los hombres á quien se dice: «¿Queréis el poder? ¡tomadlo!» y que responden: «¡Seguid vuestro camino!»

Nunca Miguel había estado tan inquieto y aturdido; cerraba los ojos y hubiese querido taparse los oídos; entreveía en medio del lujoso salón una gran figura pálida, silenciosa, grave, que era el espectro de Vicente Berthier, el desterrado de Diciembre.

.....

A la mañana siguiente el Duque de Chamaraule recibía este conciso billete, escrito en menudas letras:

«Bravo, mi querido Duque: vacila, tiembla y suspira. *Marion* llora, *Marion* grita; pero *Marion* anhela, en su interior, que se la case, y se la ca-

sará; porque para decidir á las gentes, el mismo Foy es torpe á vuestro lado.

»Vuestra aliada y admiradora, F. DE R.»

IV.

Hay en la palabra una especie de fermento, que después de penetrar por el oído en la conciencia, como el veneno suministrado al padre de Hamlet, se arraiga y se desenvuelve en ella, semejante á ciertas plantas de rápido crecimiento.

Miguel Berthier, desde la conversaci3n con el Duque de Chamaraule, era presa de una fiebre insana, un descontento instintivo, de cólera, de indecisi3n, de sobresaltos interiores, que es como la enfermedad especial de los ambiciosos en plena lucha.

Experimentaba amarga satisfacci3n en repetirse todo lo que el Duque le había dicho acerca de la ingratitud de las muchedumbres, y su orgullo, mejor dicho, su vanidad se sublevaba con la idea de no ser sino un instrumento en las manos omnipotentes del número.

—¿No sería yo más útil á ese mismo número— se preguntaba con cierta angustia— dirigiéndole que siguiéndole?

Acordábase entonces de su padre, y se preguntaba por el bien que había hecho sobre la tierra aquel mártir. Sí, ¿qué bien fué el suyo? ¿habrían servido de algo á la causa que pretendía noblemente defender, su sacrificio á una idea y su mismo destierro? ¿qué había dejado detrás de sí?

¡Un ejemplo! ¿Y qué? ¿podía deducirse de ese ejemplo alguna experiencia práctica para el porvenir?

—La política de mi padre y la de Pedro Menard es una política sentimental—añadía Miguel en sus largas y febriles conversaciones consigo mismo—y la que hoy se necesita es una política experimental.

Había encontrado y repetido la palabra que todo hombre intenta hallar para esconder tras ella una palinodia, esa palabra que es como la máscara con que se cubre el rubor político.

¡Ah! ¡mandar, ordenar, dirigir los hombres! ¡Qué ensueño!

Y como si quisiera engañarse, mentir á su propia conciencia, Miguel Berthier simulaba todavía aquella ambición, aquellos apetitos de mando con este pretexto: servir á la humanidad, servir á la patria.

En la Cámara nadie adivinaba lo que había en

aquel espíritu; nadie adivinaba que su cerebro ardía bajo el cráneo, porque Miguel conservaba en el rostro la expresión fría y acerada de siempre; pero se había notado que guardaba silencio sobre cuestiones que debieran apasionarle profundamente y aun obligarle á pedir la palabra.

Sus amigos estaban algo asombrados, y los más adictos decían: «¡Se reserva!»; pero los más susceptibles movían la cabeza y contestaban: «¡Se transforma!»

Y él, fingiendo no preocuparse por nada, iba lentamente, vacilante, turbado, hacia el objeto que veía resplandecer ante su mirada, pero iba; y cuando no soñaba en su conversación con el Duque de Chamaraule, y olvidaba á Francina y su seducción acariciadora, pensaba con deleite en Paulina de Morangis, bella, rica, millonaria, y se preguntaba con interiores estremecimientos, no de amor, sino de áspera codicia, de anhelo de riquezas, si podría hacerla su mujer.

Su amigo el Vizconde de Vergennes, visitándole una mañana, desenvolvió sin quererlo en el espíritu de Miguel esas ideas matrimoniales, ya que el matrimonio de Gontran se había retrasado por fallecimiento de una pariente de la señorita de Lorières, su prometida.

—No sé dónde he leído—le dijo—y por qué he fijado en mi memoria este aforismo vulgar que sólo tiene el mérito de ser exacto: «Reno de Groenlandia, granada de España, dichoso el que en sus viajes ha conseguido probaros; pero más dichoso aún el que sabe contentarse con un pobre puchero en la madre patria.....» Pero ese puchero, querido mío, necesita una mano que le prepare y un ojo que le vigile. ¡Por eso me caso!

Miguel se burlaba de tan prosaico argumento.

—Bueno, bueno—le respondía Miguel.—¡El matrimonio! Después de haberlo rechazado, empiezo á pensar en él; pero ¿cómo se casa?

—¿Quieres dejarme reír? pues de la manera más sencilla. La escena pasó en provincia, donde me divertía bien poco, y en la cual había una muchacha que se divertía menos que yo; todas las noches se la obligaba á *hacer música*, y claro es que á mí se me obligaba á escucharla. Yo veía á la muchacha tan dulce, tan triste, dirigirse hacia el piano con tal languidez, con tal aspecto de fastidio, que no pude menos de compadecerla. ¡Pobre niña! todas las noches tocaba el mismo nocturno de Mendelssohn, y siempre se escuchaba al final de la pieza el mismo *bravo!* de gentes á quien Mendelssohn fastidiaba. ¡Qué vida! Entonces me

propuse libertarla de aquel suplicio diario, de las teclas de marfil y de Mendelssohn, y me caso con ella. ¡Es un matrimonio de piedad! Y será, cosa curiosísima, un excelente matrimonio.

—Es posible—dijo Berthier.—Yo no he hallado todavía á nadie..... Ni por piedad, ni por interés, me siento comprometido.....

—¿Y por amor?

—¿Cómo?

Gontran miró á Miguel con más afecto que malicia, y le dijo:

—¡La señorita de Morangis es encantadora!

—¿Estás loco? — exclamó Berthier con vivacidad. — La señorita de Morangis es adorable; pero.....

—Pero ¿qué?

—¡Es demasiado rica!

—Tú eres más rico, con el porvenir que se te presenta; porque ¡vive Dios, Miguel! pronto serás ministro.

Indudablemente Gontran de Vergennes daba á sus palabras sentido muy diverso del que predominó en la conversación de Miguel con el Duque de Chamaraule; mas ¿por qué extraña casualidad recordaba á su amigo los proyectos de ambición que hervían en su cabeza?

Cuando Gontran partió, Miguel tuvo necesidad de meter su frente en agua fría, como si toda su sangre hubiera afluído á aquel sitio; eran dos sueños paralelos el poder y la riqueza, y podía realizarlos á la vez; estaban allí, al alcance de su mano: el Duque de Chamaraule ofrecíale uno, y la señorita de Morangis representaba el otro.

Para ser ministro y ser millonario sólo tenía que pronunciar una palabra, dar algunos pasos..... ¡Es verdad! Pero esos pasos hacia el poder, hacia el Imperio, tendrían un nombre asqueroso, vil: traición, apostasía.

¡Él! ¡un renegado él, hijo de Vicente Berthier!

* * *

Miguel experimentó absoluta necesidad, antes de ir á la Cámara, de tomar aire libre, de respirar en pleno París como el aire de la soledad; y sin acordarse un instante de la política, dirigióse por los *boulevards* exteriores hacia el parque Monceau, con propósito de regresar por los Campos Elíseos.

Era una tarde de fin de invierno, y el parque de Monceau estaba desierto; los árboles destacaban sus ramas heladas sobre un cielo aplomado y hú-

medo; algunos paseantes caminaban lentamente á lo largo de los arriates de hierba, bajo una atmósfera esponjosa que se hacía á cada momento más espesa.

Miguel Berthier miraba, á través de los árboles, al macizo fantasma del Arco del Triunfo de la Estrella perdiéndose en opaco horizonte, cuando súbitamente, cerca del puente inmediato, se detuvo y lanzó un grito de asombro: la señorita de Morangis, del brazo de su padre, iba hacia él, mientras el doctor Loreau, que les seguía, hablaba en alta voz con grandes risas, sin duda para hacer reír á Paulina.

—¡En verdad—se dijo Miguel—que la casualidad se mezcla en mi vida!

Adelantóse, sombrero en mano, hacia el Conde, inclinóse delante de Paulina, estrechó la mano al padre y saludó afectuosamente al doctor Loreau.

Paulina estaba algo enferma, y el médico la había prescrito un paseo á pie para aspirar el dulce ambiente lleno de las promesas de primavera.

—Figuraos — dijo el Conde á Miguel — que el doctor Loreau, abusando de su derecho de príncipe de la ciencia, nos explicaba un verdadero caso de antropología.

—Pues qué—dijo el doctor—¿no es bueno saber de todo? No quiero parecerme al amable *Diafousius* de Molière, que ofrecía á una niña encantadora el agradable espectáculo de una disección; pero creo que la señorita de Morangis no es indiferente á lo que refiero.

Edmundo Loreau intentaba, efectivamente, reaccionar en el espíritu de la niña contra las ideas místicas en que el alma de la niña se consumía.

—Lo que tú has hecho—solía decir al Conde de Morangis—quiero deshacerlo.—Ya ves: soy un viejo solterón, sin familia, sin parientes, que amo á tu hija como si fuese hija mía, y entiendo que se suicida si entra en un convento. ¡Yo me encargaré de separarla de ahí! Que admire todo lo que quiera á las Teresas, Florentinas y Pancracias; pero ¡qué diablo! que no las imite. Receta de médico: ¡por ningún concepto lo permito!

Trataba á Paulina como á mujer superior que posee la pasión del sacrificio, y si ella sólo había contemplado á Dios, él quería que considerase y contemplase á la humanidad; y con jovialidad, sin pedantería, el doctor Loreau derrochaba tesoros de ingenio, de elocuencia, de saber, para llevar hacia la vida ordinaria aquella niña que estaba enamorada del claustro, de la muerte.

Y el médico había comprendido que en este rudo combate psicológico, en cierto modo, contaba desde hacía poco tiempo con un auxiliar poderoso: este auxiliar era Miguel Berthier.

El afecto instintivo y naciente que Paulina sentía por el abogado de los sufrimientos humanos, aunque ella no se le había confesado, adivinóle al punto el doctor Loreau.

—¡Bueno, bueno!—se dijo al principio.—Es un refuerzo que llega á tiempo, y si el amor se mezcla en el asunto, nos habremos salvado.

Y luego se rascó la oreja derecha, porque Miguel no le agradaba sino á medias; el doctor Loreau, sin caer en las exageraciones de un Lavater, era bastante buen fisonomista para adivinar al ente moral á través del hombre físico, y la linda cabeza comprimida y febril de Berthier no le prometía nada bueno.

—¡Es un agitado!—pensaba.—Y para llegar á su objeto un hombre como él será capaz de hacer muchas concesiones..... ¡y todavía soy modesto!..... Pero es hombre de talento, y con las gentes de talento siempre hay recursos. ¡Los únicos detestables son los imbéciles! ¿Quién sabe? Una mujer como Paulina puede hacer un héroe, si la ocasión se le presenta, de un hombre como Miguel Berthier.

El casual encuentro de los cuatro personajes en el parque Monceau fué, por lo tanto, agradable á todos ellos: el Conde y Miguel hablaron de política mientras paseaban, y la conversación recayó en seguida en el primer discurso de Berthier, como si éste le hubiese pronunciado en el día anterior.

Entonces Paulina preguntó al diputado si había tenido noticias de la pobre niña autora de la carta que él había leído en casa de la Baronesa, añadiendo que á pesar de sus numerosas gestiones no había logrado encontrar en aquel París inmenso, donde el dolor se pierde como una lágrima en un torrente, á Clotilde Ballue, averiguando únicamente que esta muchacha infortunada, después de trasladar su domicilio á la calle de Condorcet, 50, había sido invadida por fiebres perniciosas y trasladada al hospital Lariboisière.

—¿Había muerto? ¡No!—exclamó la señorita de Morangis, informada por el portero de la última casa.—Después de curada no volvió á su domicilio de la calle de Condorcet, sino que continuó trabajando mucho, no obstante su estado delicadísimo, enfermizo.....

Y no sabía más, porque el portero añadió que la muerte sería lo más feliz que la pobre muchacha hubiera podido encontrar.

Miguel acordóse de que había prometido á Paulina adelantarse con sus limosnas, y deploraba amargamente haber olvidado tan pronto á Clotilde Ballue; mas prometió á la señorita de Morangis, con firme voluntad de cumplir su promesa, averiguar si Clotilde vivía.

—Me prestaréis un gran favor, caballero—dijo Paulina—porque la suerte de esa mujer me interesa muy especialmente.

—Y eso—murmuró el doctor Loreau—porque él leyó admirablemente la carta. ¡Oh naturaleza!

El Conde intervino entonces, invitando á Miguel á llevar personalmente el resultado de sus pesquisas al hotel de Morangis, y añadió:

—Me consideraré como feliz, caballero Berthier, recibiendoos en mi casa.

Miguel aceptó, y dióle gracias con efusión.

Paulina, al oír la invitación hecha por su padre, estaba pálida, quizá turbada, pero no descontenta.

Separáronse, y Miguel Berthier, mientras caminaba hacia el Cuerpo Legislativo, se preguntaba si debía considerar la invitación del Conde de Morangis como una tácita aquiescencia, suponiendo que le había adivinado sus sentimientos, ó como una fórmula vanal de cortesía.

Pero dejó sin respuesta sus preguntas y concluyó por exclamar:

—¡Ah! ¡esto es para volverse uno loco!

Aquella tarde se observó en la Cámara que Miguel Berthier estaba caviloso, febril, y al verle echarse hacia atrás sus largos cabellos y agitarse en su asiento mientras el ministro de Estado enaltecía pomposamente la prosperidad del Imperio y desdeñaba la debilidad de las *tres ramas* del árbol germánico, decían los diputados:

—¡Berthier está trinando! ¡Berthier va á contestar! ¡Berthier se agita, se despierta de su calma! ¡Oh! ¡el despertar del león!

Pero Berthier no se despertaba, ni siquiera escuchaba al ministro: entreveía el sereno y escultural rostro de Paulina de Morangis, y como había sacrificado el amor cándido de Lía Hermann al loco amor de Francina de Rives, pensaba en si era posible romper la nueva cadena que le aprisionaba y pedir la mano de Paulina al apartarse de los brazos de la Baronesa.

En aquel momento, complaciéndose en pasar rápidamente de un peldaño á otro peldaño, sólo pensaba en Paulina y en Francina; la imagen de Lía, aquella á quien había amado con amor profundo, verdadero, se borraba ya en su imagina-

ción como fantasma que se desvanece en vana niebla.

V.

Pero si Miguel olvidaba, Lía no.

Lía era una de esas mujeres que cuando se rinden la vez primera, no vuelven á caer, y llevan perpetuamente el luto de su primer amor.

Habíase encerrado en su casa, condenado á la soledad; ya no quería deber nada á Berthier; su consuelo, su alegría, más aún, su deber, todo lo cifraba en el ser que latía en su seno, y á quien educaría lejos de su padre, celosa de darle ella misma lo que un hijo debe esperar de los autores de sus días: el cariño y la dicha.

Guardaba algunos ahorros, y además una modesta herencia, tres mil ó cuatro mil francos, que la dejó una anciana lorenese, pariente suya, y esto la bastaba para proveer á sus primeras necesidades; luego, trabajaría, no sólo para subsistir y aumentar sus ahorros, sino para consolarse, para pensar menos, para sufrir menos.

Tuvo también ardiente deseo, tentaciones poderosas de volver á casa de sus padres y pedirles

perdón; pero su estado, aquel estado que era su alegría más íntima, la daba vergüenza.....

— No, no— se decía; — esperemos; ¡un niño es más poderoso con sus pequeños bracitos blancos y dulces! Cuando nazca mi hijo, iré á verlos; le llevaré en mi regazo, y mis padres no se atreverán á rechazar á un inocente como me rechazaban á mí.

Porque Lía no dudaba de que el ser que llevaba en sus entrañas era varón: le veía como había de ser, con grandes ojos negros, boquita sonrosada, mejillas frescas.....

Y si encontraba en la calle un bello y robusto niño en brazos de la nodriza y envuelto en rica *douillette* de cachemir y encajes, se decía:

— ¡Como ese, como ese!

Y en seguida rectificaba amorosamente, diciendo:

— ¡Oh! ¡el mío será más hermoso!

Un hijo era para Lía un mundo de esperanzas..... ¿Quién sabe? tal vez Miguel Berthier, cuando supiese que el recién nacido era un hijo, volvería á la pobre abandonada.....

Y le llamaba de antemano Daniel, con el nombre de su padre. ¡Daniel! nombre dos veces dulce, que significaba respeto al pasado, infancia dichosa y porvenir de consuelo.

Otras veces la asaltaban terrores imaginarios. ¿Y si su hijo muriese al nacer? ¿y si ya estuviese muerto?

¡Oh! entonces permanecía inmóvil, glacial, aterrada; y luego sacudía su miedo y exclamaba con amargura:

— ¡No, no! la suerte me ha castigado bastante para perdonarme este nuevo dolor.

La pobre Lía estaba sola cuando sintió los primeros síntomas de próximo alumbramiento, y sus sollozos avisaron á las vecinas; la portera corrió á buscar una matrona, y Lía, blanca como un sudario, creyendo que iba á morir, mostró á una de las mujeres presentes la carta que había escrito horas antes, dirigida á Miguel.

— La llevaréis vos misma, si yo no vuelvo á levantarme— dijo;— la llevaréis vos misma, ¿no es verdad, señora Delatre?

— Sí, sí, pobre niña— contestó la vecina;— pero no penséis en eso, tened calma; pues qué, ¿no hay más que morir por eso?

Un mes antes había comprado una cuna para su Daniel, y en medio de sus gritos pedía ahora la cuna.

— ¡Yo quiero que esté mi hijo cerquita de mí!— decía; pero la matrona rehusaba llevar la cuna al lado de la madre.

—El niño se presenta mal —añadió en voz baja hablando con la vecina;— probablemente nacerá ahogado, y eso, eso matará á la madre.

—¡Ah! ¡pobre niña!—contestaba la señora Delatre.—¡Es verdad que tiene poca suerte! Dios mío, ¡si ella muriese!

Lía no murió, y el niño nació: era varón, «un chico hermoso y gordo,» según decía la buena señora Delatre, yendo y viniendo de un lado á otro.

El niño vino al mundo casi asfixiado, y Lía, en medio de sus atroces dolores, oyó el llamamiento desesperado de la matrona: «¡Vinagre! ¡vinagre!», y decía medio moribunda:

—¿Ha muerto? ¡no le oigo! ¿ha muerto? ¡Ah! estoy maldita.....

Pero cuando el niño rompió en sollozos, cuando se empujó la cuna cerca de la madre, la cuna en que ya reposaba el recién nacido, con los ojos cerrados, un soplo de respiración apenas perceptible, medio dormido con el sueño del infinito, ese infinito al que se vuelve inevitablemente después de agitarse más ó menos tiempo á través del mundo, Lía sintió los ojos llenos de lágrimas que entonces le parecían dulces y consoladoras.

Incorporóse un poco para imprimir sus pálidos

labios en la frente del niño, y al tocar la piel tibia de su hijo experimentó la sensación de besar algo agradable y purísimo.

—¿Qué hacemos ahora con esa famosa carta?—preguntó la vecina con voz de triunfo.

—¡Oh!—respondió Lía con agradecimiento.—¡Ya podéis quemarla! Gracias, señora Delatre.

Ella quiso absolutamente criar á su hijo; pero la matrona movía la cabeza diciendo:

—Dudo que tengáis fuerzas para eso, querida niña.

—¿Yo?—respondió al punto Lía altivamente.—¡Ya veréis, ya veréis!

Y sin embargo, las emociones sufridas, largos meses de padecimientos, los dolores morales acumulados, habían debilitado profundamente á la desgraciada joven; estaba anémica y entraba con gran dificultad en convalecencia.

—¡Ah! ¡qué largo es esto!—decía.

Y cuando logró levantarse y esperaba poco á poco recobrar la salud, el estado del niño, que era débil, que *no marchaba*, según la gráfica expresión de la señora Delatre, llenó á la madre de mortal inquietud.

—¿Será que yo no tenga bastante leche?—se preguntó asustada.

Y la matrona, viendo en la cuna al enfermizo niño, pálido, casi amarillo, medio muerto, la contestó fríamente:

—Es necesario tomar nodriza.

¡Una nodriza! ¡una extraña! ¡participar con otra mujer las primeras sonrisas, las primeras caricias de su hijo! ¡hacer correr por las venas del niño otra leche que no fuera la leche de su madre!

Lía sufría un acceso de locos celos, una cólera de fiera.

Pero á las pocas horas la matrona y la señora Delatre llevaron á casa de Lía una robusta muchacha de la Nievre, y la primera, mostrándola á Daniel acostado en su cunita, le dijo:

—Ese es el niño que debéis lactar.

La nodriza le tomó en sus brazos y se puso lívida al ver la cabecita del niño, que no podía tenerse sobre los hombros; quiso darle el pecho, y Daniel no le tomó, porque sus labios no tenían fuerza para aspirar la leche que debía alimentarle; la paisana dejó al niño en la cuna, y llamando aparte á la matrona, la dijo:

—Quiero volverme á mi pueblo, porque este niño morirá antes de la noche. ¡No tengo nada que hacer aquí!

Y dijo eso con acento brutal, con el mal humor

de una paisana interesada y astuta que acaba de hacer un mal negocio.

—¡Callad, imbécil!—exclamó la matrona.—¿No véis que su madre está oyéndoos?

VI.

Lía, en efecto, lo oyó todo; oyó esta palabra siniestra ¡muerto! que la había sentido como hoja de acero en las carnes.

Y miraba al pequeño Daniel con extraviados ojos, pareciéndole ya que no se movía, que no respiraba, y gritando:

—¡Muerto! ¡muerto!

Pero á despecho de su angustia, no temía un peligro tan inmediato, y saltando como una loca, lívida, hacia la nodriza, y mostrándola con una mano la puerta, gritó con voz vibrante:

—¡No está muerto! ¡no morirá delante de vos! Si puede salvarse, le salvaré, ¿ois? Las mujeres extrañas como vos no salvan á los niños: los salvan las madres.... ¡Idos, idos!

Y estaba terrible, amenazadora, con su larga cabellera negra desatada.

La nodriza tuvo miedo y salió; y entonces Lía,

parecida á una loca, yendo y viniendo por la sala, se preguntaba lo que era posible hacer.

—¡Un médico! ¡que venga un médico! ¿Conocéis alguno?—preguntó á la matrona—¡Traedle, traedle! Le pagaré lo que quiera..... ¡mil francos! ¡dos mil francos! ¡todo lo que tengo! Gracias á Dios, puedo pagar al médico lo mismo que le pagaría un rey.....

La matrona marchó para dar satisfacción á Lía, aunque no esperando nada bueno, y Lía quedó con la señora Delatre, quien le dijo:

—¿Sabéis lo que se hace en mi país cuando se quiere salvar á los niños enfermitos?

—No—contestó Lía con voz ronca.

—Pues oid: se toma el primer górrro que le pusieron, y se le quema. ¡Esto devuelve la salud!

—¡Qué locura!—dijo Lía con triste sonrisa.

Pero luego, tomando el primer gorrito de Daniel, ella misma lo arrojó al fuego de la chimenea.

Á los pocos momentos se agitaron los labios morados del niño, y Lía se estremeció creyendo que su hijo exhalaba el último suspiro.

—¡Mirad, mirad!—exclamó gozosa la vecina;—¡quiere el pecho! ¡está buscando el pecho!

Lía lanzó un grito de alegría.

Pero casi al punto se dió un golpe en el pecho,

hundiendo sus uñas en la ropa como si hubiese querido desgarrarle.

—¡Miseria, miserial!—dijo con siniestro acento, con el grito de una fiera á la que matan su cachorro.—¡No puedo alimentarle! ¡no tengo leche!

—Escuchad—dijo la señora Delatre:—estáis dispuesta para salir, y sois más ligera que yo..... Pues bien: id á casa de Damoiseau..... aquí cerca.... Allí se vende leche de salud para los niños, y esto es bien sabido..... él, Damoiseau, salvó así en otro tiempo al Conde de París..... Pronto, pronto, pedidle una botella de leche..... aquí tenemos ya biberón.

Lía se hizo repetir la dirección: *Damoiseau, boulevard Clichy*; envolvióse en un chal y salió como una loca.

Instantes después regresaba con la botella de leche á su casa.

—¡Pronto, pronto!—exclamó la señora Delatre, que tenía ya preparado el baño-maría para calentar el biberón.

Cuando Lía acercó el biberón á los labios sin fuerza de su hijo, y vió que éste, poco antes moribundo, aspiraba suavemente la leche que subía por el tubo; cuando sorprendió en aquel cuerpecito inmóvil la fuerza que reaccionaba, la sangre que co-

ría por sus arterias, la vida, creyó que iba á morir de alegría, y se limpió con el revés de su mano izquierda las lágrimas de ternura que la saltaban de los ojos y caían sobre la frente reanimada de Daniel.

VII.

La paternidad no pesaba gran cosa sobre Miguel: mientras Lía soportaba tales angustias, aquel hombre hasta ignoraba que era padre.

—Se lo ocultaré todo lo que pueda—decíase la pobre muchacha.—Más tarde, sí..... más tarde, ya veremos..... ¡cuando Daniel sea grande!.....

¡Grande! Esta palabra estaba llena de poesía y esperanza para la joven madre, como para todas las madres que contemplan á sus hijos apenas nacidos cual si ya tuvieran las facciones del hombre.

El hijo es para la madre un porvenir que vive, un ensueño que ha encarnado; cuando la madre empieza, la esposa y la amante se entibian; el hombre tiene un rival, el más delicioso de todos, en el ser que ha nacido de su amor, y no puede estar celoso sino de sí mismo.

—Cuando sea grande..... veremos si el padre rehusa su bendición á los bracitos que se la piden.

Entonces el *padre*, en el pensamiento de Lía, era el anciano Hermann, y Daniel era para la infeliz el perdón y la esperanza encarnados.

Para Miguel Berthier aquel niño no existía: había nacido Daniel y había estado á punto de sucumbir á diez pasos de la casa en que su padre moraba. ¡Miguel no pensó una vez siquiera en que Lía pudiese ser ya madre!

—Ella me lo dirá cuando suceda—se contestaba fríamente, para dejar en paz á su conciencia.

Y además, ¿qué había de pensar en aquella criatura desconocida que le debía la existencia, si la suya propia estaba entonces demasiado ocupada, demasiado sobreexcitada, víctima de complicaciones desagradables?

La conducta política de Miguel Berthier se prestaba á los comentarios más diversos, y Pedro Menard se vió precisado una vez á defender en una reunión pública al hijo de Vicente Berthier, acusado formalmente.

—¡Estad alerta!—le dijo Menard.—La sospecha eterna es una de las llagas de nuestro partido, y si es menester ser implacable ante las pruebas de